

Helado Napolitano

Lord Dunsany

En otras ocasiones he tenido que mencionar asuntos escogidos cuidadosamente por miembros del Club del Billar con el único propósito de dirigir la conversación hacia donde Jorkens no pudiera seguirla. No menciono de nuevo esta antideportiva estratagema con la intención de desaprobala, sino únicamente porque fue el comienzo de una historia que contó Jorkens acerca de una experiencia suya que puede ser de interés a todo aquel que se moleste en estudiar un carácter como el suyo un tanto excepcional. El asunto, a la hora de comer del día en cuestión, fue la exploración polar. No puedo recordar la conversación en todos sus detalles, pues apenas fue original; después de todo, no hay necesidad de ser original cuando se está discutiendo algo en un club. Por ejemplo, uno de los socios dijo:

–Debe de ser extremadamente difícil protegerse del frío.

–Sí, condenadamente difícil –contestó Jorkens.

Con toda evidencia Terbut estuvo a punto de decir "¿Cómo lo sabe?" Cualquiera pudo verlo. Pero, en lugar de exponerse a dejar entrar en la conversación a Jorkens con una de sus historias, volvió a juntar los labios sin llegar a expresar en voz alta su comentario.

–Usted se protegería con whiskey, ¿no es así? –dijo uno de nosotros.

–¡Oh!, no lo sé –respondió Jorkens–. El whiskey es una bebida bastante supervalorada.

Una de las cosas que me gustaban de Jorkens es que a veces hace unos comentarios enormemente sorprendentes.

–¿Que el whiskey está supervalorado? –exclamamos nosotros.

–Bueno, sí, comparado con otras bebidas.

–¿Con cuál, por ejemplo? –añadió Terbut, que realmente pretendía enterarse.

–Para protegerse del hielo y de la nieve –dijo Jorkens–, y evitar seguramente la congelación, no conozco nada como un licor que un hombre me ofreció una vez mientras cenábamos en un pequeño restaurante que solía haber en Punt Street: hace

tiempo que está cerrado, ahora hay en su lugar una peluquería. Era una bebida maravillosa, como una mezcla de miel y rosas con un ardor muy suave, un agradable y discreto ardor que estremecía ligeramente. Nunca conocí nada igual. Desgraciadamente no sé su nombre. Aquel hombre era un poco viajero. Ignoro de dónde procedía la botella; nos la trajo el camarero, pero jamás pude conseguir otra igual en aquel restaurante, ni en ninguna otra parte; mi anfitrión fue muy reservado respecto a ella. No nos la sirvieron hasta el final de la cena. Venía con el helado napolitano. Me habría gustado tener a mi disposición un vaso durante la cena; igual le pasaría a cualquiera de ustedes si la hubieran probado alguna vez, cosa que ninguno ha hecho; sin embargo, sólo la servían con los helados –y Jorkens dejó escapar un pequeño suspiro.

–¿Y nunca averiguó cómo se llamaba? –preguntó Terbut con cierta avidez.

–No –contestó Jorkens–. Fue solamente un asunto de negocios. Aquel hombre estaba muy interesado en un trato comercial y quería conocer directamente mi postura, de modo que sacó aquel licor. En los negocios existen bastantes secretos y ese licor era uno de ellos. En realidad aquel individuo exageraba y el trato nunca llegó a realizarse, pero yo pude gozar de aquella maravillosa bebida. Me habría gustado tomar un poco más; pero únicamente la servían con los helados. Aquella fue una buena cena. Era natural, él estaba muy interesado en aquel trato. Tomamos sopa de tortuga, por supuesto natural no de lata; salmonetes, bastante buenos a su manera, aunque con demasiadas espinas; y luego tomamos liebre, por supuesto liebre común, mas la sabían cocinar muy bien en aquel restaurante que solía haber en Punt Street; realmente pienso que todo lo hacían muy bien. Y después tomamos helado napolitano. Fue una cena bastante ligera aunque excelente, ¿me comprenden? –y viendo que Terbut estaba a punto de interrumpirle, se volvió hacia él y se anticipó a su intervención con el comentario:

–Tal vez no conozca usted, Terbut, el helado napolitano.

Terbut tomó esto como una censura a su ignorancia de ese mundo por el que Jorkens tanto había viajado, y dijo bruscamente:

–Por supuesto que lo conozco. Es verde, blanco y rosa. Lo blanco se supone que es vainilla, y lo rosa es desde luego fresa; en cuanto a lo verde, no sé exactamente lo que es, pero...

–No estamos hablando de eso –dijo Jorkens.

–Estamos lejos del Artico –replicó Terbut.

–Estaba a punto de contárselo –dijo Jorkens–. El licor lo sirvieron con los helados. Y en cuanto me lo bebí, despertó mi imaginación como no había sido capaz de hacerlo ninguno otro que hubiera conocido. Liberaba el propio espíritu. Es posible que tomara

dos vasos, eso no lo recuerdo. Pero inmediatamente dejé atrás aquel restaurante, Punt Street y todo Londres, y mi imaginación o espíritu, o quienquiera que sea lo que soporta el ego de uno, voló hacia el norte a través de Inglaterra.

—¿Cómo sabía usted que se dirigía hacia el norte? —preguntó Terbut.

—¿Que cómo lo sabía? —dijo Jorkens—. Podía verlo. Estaba liberado; mi espíritu era libre. Volaba muy por encima de Inglaterra. Podía ver su aspecto, una larga franja verde que se dirigía hacia el norte, y también Escocia; siempre verde hasta llegar a la nieve. Debí realizar aquel trayecto de seiscientas millas de verdor en unos pocos segundos: así es como viajan los espíritus. Desde luego aquel individuo había dejado que tomara demasiado licor: ahora ya no pensaba en negocios, estaba por encima de todo ese tipo de cosas, muy por encima de la Tierra. Y volaba hacia el norte. Los mares se helaron casi inmediatamente; y en lugar de blanca espuma había hielo, y sobre el hielo nieve a lo largo de centenares de millas; y seguía yendo hacia el norte. Y llegué al Ártico con el sol sobre la nieve, una cosa hermosa de ver, el viaje más maravilloso que he hecho. Pero ese tipo de liberaciones no duran mucho. Apenas había contemplado la belleza de aquella enorme vista del Ártico, cuando sentí que mi espíritu caía. Y cayó rápidamente. Y pronto yací sobre la nieve. No había tenido conciencia de mi cuerpo cuando estaba arriba, a tan colosal altura, viajando más rápido que las aves migratorias; mas ahora en la nieve tuve conciencia de él. La reluciente blancura de la nieve empezó a fatigar mis ojos; y mis labios se estaban helando, pues yacía boca abajo. Aunque unos segundos antes había superado la gravedad, ahora era incapaz incluso de levantar la cara de la nieve, aun sabiendo que mis labios se estaban helando. Tras el dolor llegó el entumecimiento, primer síntoma de la congelación.

—¿Cómo es posible que se le congelaran los labios —dijo Terbut— si todavía se encontraba usted en Londres?

—Bueno, es posible que no se congelaran del todo —respondió Jorkens—. Mas al día siguiente fui a ver a un médico, y él me dijo que con otros tres minutos más seguramente se habrían congelado.

—No puedo comprender cómo —dijo Terbut.

—Le estoy contando únicamente lo que sucedió —dijo Jorkens tranquilamente—. El hielo brillaba en la superficie de la nieve, y la escena, que un rato antes había sido tan hermosa, era ahora enormemente agobiante. Al deslumbrar mis ojos, el hielo fatigaba mi cerebro y no podía levantar la cara de su superficie. Eso es lo malo de cualquier bebida; cuanto más alto te eleva, más hundido te deja. Mas nunca antes había descendido tan bajo: apenas podía levantar los ojos. Mas los levanté y vi los Abendgluth, muy próximos y rebosantes de nieve. La blanca nieve acababa exactamente junto a una cresta donde yacía mi fatigado rostro, desde donde contemplé la extraordinaria vista que llaman los Abendgluth, cubierta de nieve a lo largo de millas y más millas. Mereció la pena estar allí tumbado con los labios helados sólo por ver

aquella interminable maravilla: millas y más millas de nieve de color rosa brillante como el amanecer de la Tierra; nieve helada como una joya mundana, y un perfume de fresas.

–¿Fresas? –inquirió Terbut–. Debe de tener usted una poderosa imaginación si es capaz de imaginar fresas en el Ártico.

–En absoluto –replicó Jorkens–. Fue un hecho auténtico. No fue mi imaginación. Estaba echado sobre la mesa con la cara encima del helado napolitano; había pasado por alto la parte verde, y mis labios estaban en la vainilla; y exactamente delante de mis ojos estaba la porción final de fresa. Desde luego la cantidad de fresa de un helado de fresa varía a voluntad del que lo hace, y en éste en concreto había claros vestigios de fresa; mas no de vainilla.

[FIN]